

1

El evangelio de Patmos

El tema central de Apocalipsis (1:1a)

El libro comienza con la afirmación inicial: "la revelación de Jesucristo". Esta declaración genera el título del libro. La palabra griega *apokálupsis* (apocalipsis) significa "revelar", "destapar/descubrir", o "quitar el velo". Así, Apocalipsis es develar a Jesucristo.

En el lenguaje original, la frase "una revelación de Jesucristo" puede significar que la revelación proviene de Jesús o que es acerca de Jesús como el que se revela. En un sentido, ambos significados están implícitos aquí. Mientras la revelación vino de Dios por medio de Jesucristo, que lo comunicó a Juan por medio de un ángel (Apocalipsis 1:1; cf Apocalipsis 22:16), el resto del libro testimonia de que Jesús es el tema principal de su contenido. Él es "el Alfa y la Omega" (es decir, de la A hasta la Z) del contenido del libro, "el principio y el fin" (Apocalipsis 21:6; 22:13), y "el primero y el último" (Apocalipsis 1:17; 22:13). El libro comienza y termina con Jesús.

El libro de Apocalipsis es un evangelio tanto como lo son los cuatro evangelios. Como los evangelios, Apocalipsis habla acerca del mismo Jesús; pero se concentra en aspectos diferentes de sus roles y existencia. Los evangelios describen a Jesús como el Hijo de Dios preexistente que entró en la experiencia humana para salvar a los seres humanos y quien, después de su muerte en la Cruz y posterior resurrección, ascendió al cielo. ¿Qué está haciendo ahora en el cielo? Apocalipsis revela la respuesta a esta pregunta. El libro revela que, después de su ascensión al cielo, Jesús se sentó en el Trono celestial, y gobierna el universo entero.

Los evangelios también nos cuentan que, antes de su ascensión Jesús hizo dos promesas acerca de su interacción futura con su pueblo: primero, él siempre estará con él, hasta el tiempo del fin (Mateo 28:20); y segundo, él volverá para llevarlo consigo (Juan 14:1-3). Apocalipsis toma estas dos promesas y describe, primero, cómo cumplió Jesús la promesa de estar con su pueblo a lo largo de la historia, hasta el fin (Apocalipsis 1-18); y segundo, cómo volverá a la terminación de la historia de este mundo y se unirá con él (Apocalipsis 19-22).

Sin Apocalipsis, nuestro conocimiento del ministerio de Cristo en el cielo en favor de su pueblo sería vago. Apocalipsis trasmite la sustancia del evangelio como "las buenas nuevas" y señala enfáticamente al Cristo glorificado como aquel que, por virtud de su propia muerte, conquistó la muerte y la tumba (Apocalipsis 1:17, 18). Él nunca abandonará a su pueblo y estará siempre con él hasta que venga por segunda vez para llevarlo a casa.

El propósito del libro (1:1b)

El prólogo afirma además que el propósito de la revelación (el Apocalipsis) es mostrar al pueblo de Dios "las cosas que deben suceder pronto" (Apocalipsis 1:1). Es obvio que la descripción de eventos futuros ocupa gran parte del libro. Mientras que la primera parte del Apocalipsis (capítulos 1-11) esboza los eventos mundiales que suceden entre el siglo primero y el tiempo del fin, su segunda mitad (capítulos 12-22) trata principalmente sobre el tiempo del fin y los eventos que conducen a la Segunda Venida. Esta división sugiere una pregunta: ¿Cómo puede el libro ser tanto una revelación de Jesucristo como la revelación de eventos que ocurrirán?

Por una parte, las profecías de Apocalipsis explican, desde la perspectiva de Dios, por qué ocurrirán los eventos predichos.

Proveen la seguridad de que, no importa lo que traiga el futuro, Dios está en el control. Pero los eventos futuros predichos en Apocalipsis no son, evidentemente, el tema principal. Ellos no están registrados para hacer de Apocalipsis un libro divino de agoreros ni las profecías fueron dadas para satisfacer nuestra curiosidad obsesiva acerca del futuro. Su propósito principal es asegurarnos la presencia de Jesús con su pueblo a lo largo de la historia y sus eventos finales.

Sin embargo, Cristo sabía que el impacto total de su promesa de estar con su pueblo no sería efectivo sin presentar los eventos futuros por medio de su palabra profética. La gráfica descripción de estos eventos en su mensaje tiene la intención de impresionarnos con la gravedad de la crisis final y de nuestra necesidad de depender de Dios durante este tiempo. Este tiempo de crisis recordará al pueblo de Dios la promesa de estar con él a fin de sostenerlo durante tiempos difíciles. “Pero os he dicho estas cosas”, dijo Jesús, “para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho” (Juan 16:4).

Debemos recordar que el cumplimiento de las profecías del tiempo del fin no debe ser tema de especulación y sensacionalismo. Apocalipsis nos informa acerca de eventos en el tiempo del fin, pero no revela exactamente cuándo y cómo ocurrirán. Numerosos libros y sitios web han pretendido predecir exactamente cómo se cumplirán estas profecías, pero la mayoría de las ideas expresadas son engañosas. Son tomadas, no de la Biblia, sino más bien de la imaginación basada en interpretaciones alegóricas o en titulares de los noticiosos. El tiempo y la manera en que se desenvolverán los eventos finales son secretos de Dios y están reservados solo para sí mismo (Mateo 24:36; Hechos 1:7). Serán claras para nosotros solo cuando se cumplan, no antes (Juan 14:29; 16-4).

Cuando se las comprende adecuadamente, las profecías de Apocalipsis sirven a propósitos prácticos; enseñarnos cómo vivir hoy y prepararnos para el futuro. Estudiarlas debería hacernos mejores personas, motivarnos para tomar nuestro destino con seriedad e inspirarnos para tratar de alcanzar a otros con el mensaje del evangelio.

El lenguaje simbólico del libro (1:1c)

El prólogo explica además que el contenido de Apocalipsis fue “declarado” a Juan en una visión. La palabra griega *śemaínō* (declarar) lleva como significado principal “mostrar por señales y símbolos”. Esta palabra se usa en la traducción griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta) donde Daniel le explicó al rey Nabucodonosor que por medio de un símbolo Dios había mostrado al rey “lo que ha de acontecer en lo por venir” (Daniel 2:45). En forma similar, al emplear esta palabra en el prólogo de Apocalipsis, Juan informa al lector que las cosas registradas en el libro son visiones y símbolos que le fueron mostrados en Patmos.

El libro de Apocalipsis no proporciona descripciones fotográficas de las realidades celestiales o de los eventos futuros que deben ser interpretados literalmente. Aunque las escenas y los eventos predichos son reales, se le muestran a Juan en presentaciones simbólicas. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, Juan registra fielmente estas presentaciones simbólicas exactamente como se le mostraron a él (Apocalipsis 1:2). Pero, a causa de la insuficiencia del lenguaje humano, Juan añadió símbolos por su cuenta. Sus intentos de poner las realidades celestiales en palabras humanas se identifican por palabras marcadoras tales como “semejante”, o “como”.

Recordar el carácter simbólico de Apocalipsis será una salvaguardia contra la aplicación literal de los símbolos, lo que distor-

sionaría el mensaje profético. Aunque la lectura de la Biblia en general presupone una comprensión literal del texto (a menos que este indique claramente puntos de simbolismo intencional), estudiar Apocalipsis requiere una comprensión simbólica de las escenas y los eventos registrados, a menos que el texto indique claramente que tiene la intención de un significado literal.

El lenguaje simbólico de Apocalipsis no nació en un vacío, sino que fue extraído de la realidad histórica. La mayor parte del simbolismo del libro fue tomado del Antiguo Testamento: más o menos las tres cuartas partes del texto del libro tiene alusiones directas o indirectas al Antiguo Testamento. Al describir eventos futuros, la Inspiración a menudo usa el lenguaje del pasado. Dios quiere impresionar nuestra mente con el hecho de que sus actos de salvación en el futuro serán muy semejantes a sus actos de salvación en el pasado. Lo que hizo por su pueblo en el pasado lo hará por él en el futuro. No hay duda de que los lectores de Apocalipsis del siglo primero debieron haber comprendido la mayoría de los símbolos de Apocalipsis a la luz de su trasfondo del Antiguo Testamento.

De este modo, al desentrañar el significado de los símbolos y las imágenes de Apocalipsis, primero debemos prestar atención al Antiguo Testamento. Muchos símbolos del libro fueron ampliamente usados en los escritos apocalípticos judíos de la época. Como tales, eran parte del vocabulario de la gente del primer siglo. Además, las imágenes de Apocalipsis también debieron haber evocado escenas contemporáneas grecorromanas en la mente de los cristianos del primer siglo.

El saludo trinitario (1:4-6)

Apocalipsis fue escrito originalmente con el formato de una epístola. Como tal, comienza con la triple apertura que se acostumbraba en aquel tiempo. Primero, presenta al remitente y a los receptores de la carta: “Juan, a las siete iglesias que están en Asia” (Apocalipsis 1:4). Juan fue uno de los doce discípulos y el autor del Evangelio que lleva su nombre. Estaba escribiendo a siete congregaciones cristianas en la provincia romana de Asia (actualmente la parte sudoeste de Turquía), que estaban enredadas en abrumadoras circunstancias espirituales.

En Apocalipsis, esas siete iglesias representan a la iglesia a lo largo de la Era Cristiana. Siete es el número de la plenitud y la integridad; y aunque fue originalmente escrita para esas siete iglesias, Apocalipsis también fue escrito para todo el pueblo de Dios, a través de la Era Cristiana.

La segunda parte del inicio de la carta da el saludo epistolar común entre los primeros cristianos: “Gracia y paz a vosotros” (versículo. 4; *cf.* Romanos 1:7; 1 Pedro 1:2). La frase consiste en la palabra acostumbrada de saludo en griego, *járis* (gracia), y la palabra hebrea de saludo, *shalom* (paz). En el Nuevo Testamento, “gracia y paz” es más que un saludo informal. El orden de estas dos palabras es siempre gracia y paz, nunca “paz y gracia”.¹ Robert H. Mounce señala que esto se debe a que “la gracia es el favor divino” otorgado a los seres humanos, y paz es ese estado de bienestar espiritual que sigue como resultado”.²

Los dadores de la gracia y la paz son las tres Personas de la Deidad. La primera que se menciona es Dios el Padre, referido como ‘el que es y que era y que ha de venir’ (Apocalipsis 1:4; *cf.* Apocalipsis 4:8). Este título triple es un eco del nombre divino “Yo soy el que soy, que interpretaba el nombre pactual de Dios en el Antiguo Testamento, Yahvé, y señalaba la existencia eterna (Éxodo 3:14).

La segunda Persona de la Trinidad a la que se alude es llamada “los siete espíritus” (Apocalipsis 1:4; cf. Apocalipsis 4:5; 5:6). Este nombre se refiere al Espíritu Santo, donde siete es un número de totalidad. El trasfondo de esta identificación en el Antiguo Testamento es la séptuple designación del Espíritu, que se encuentra en la versión de la Septuaginta de Isaías 11:2 y 3.³ En Zacarías 4, las siete lámparas simbolizan la actividad universal del Espíritu Santo en el mundo (versículo 2). En Apocalipsis, “los siete espíritus” son un paralelo de las siete iglesias en las que actúa el Espíritu. La frase representa la plenitud y la universalidad de la obra del Espíritu Santo en la iglesia, que la capacita para cumplir con su llamado.

La lista concluye con Jesucristo, que es identificado con un título triple: “El testigo fiel, el primogénito de los muertos y el soberano de los reyes de la tierra” (Apocalipsis 1:5a). Este título triple es un eco del Salmo 89, en el que el rey davídico es el primogénito de Jehová, el excelso rey de la Tierra y el testigo fiel de Jehová. (Salmo 89:27, 37). Estos tres títulos de Jesús en Apocalipsis 1:5a corresponden a sus títulos de Profeta, Sacerdote y Rey. Por virtud de su fiel testimonio durante su jornada terrenal, Jesús ha recibido el honor de los primogénitos y ha sido exaltado al rango más elevado, por encima de todos los poderes y las autoridades en el cielo y en la Tierra (Efesios 1:20-22; 1 Pedro 3:22).

Habiendo afirmado la verdadera identidad de Jesús, Juan entonces describe lo que Jesús hace (Apocalipsis 1:5b, 6). Esta triple actividad corresponde a sus tres títulos. En el texto original, “al que nos ama” es una actividad en curso: él nos ama continuamente. Este amor abarca igualmente el pasado, el presente y el futuro. Aquel que nos ama nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre. En el texto original, “lavado” se refiere a una acción completada en el pasado. En la Cruz, Jesús murió y nos liberó de nuestros pecados para siempre.

El Apocalipsis nos dice no solo lo que Cristo ha hecho por nosotros sino también lo que podemos llegar a ser en él. Él nos hizo “un reino, sacerdotes para su Dios y Padre (vers. 6; *cf.* Apocalipsis 5:9, 10). Los redimidos gozan de esa condición por causa de lo que Cristo hizo en la cruz del Calvario. Esta condición, originalmente prometida al antiguo Israel, fue lograda en su redención de la esclavitud de Egipto y la promesa de que ellos serían su reino de sacerdotes (Éxodo 19:5, 6). Este título de privilegio es ahora ofrecido a la iglesia cristiana como el verdadero Israel de Dios (1 Pedro 2:9,10). Lo que fue ofrecido a Israel como una promesa futura es ahora ofrecido a los cristianos sobre la base de lo que Cristo hizo en el pasado.

El rasgo característico del libro (1:7, 8)

En la conclusión del prólogo, Juan dirige la atención al rasgo característico de la carta: el retomo de Jesús en majestad y gloria. Emplea las palabras de Daniel 7:13 (“con las nubes del cielo venía”) y de Zacarías 12:10 (“a quien traspasaron” y “se afligirán por él”) así como las palabras de Mateo 24:30 del discurso de Jesús en el Monte de los Olivos (“venir en las nubes del cielo” y “todas las tribus de la tierra harán lamentación”). Juan quiere que comprendamos que la venida de Cristo está arraigada en la profecía bíblica y en la promesa de Cristo de volver otra vez.

En el Nuevo Testamento, Cristo siempre se refiere a su venida con las palabras “vengo” más bien que “vendré”. El tiempo presente futurístico se refiere al evento futuro como si ya estuviera ocurriendo, lo que demuestra la certeza de la promesa de Cristo de volver. Esta certeza está afirmada con la declaración “Sí, amén” (Apocalipsis 1:7). En el griego dice “*Nai*, amén”. *Nai* es una palabra griega que significa “amén”, que es un afirmativo hebreo. Cuando están combinadas, las dos palabras expresan una afirma-

ción enfática. Esta afirmación también concluye el libro: “Ciertamente vengo en breve. Amén. Ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

Este texto se refiere a la venida literal y personal de Cristo en majestad y gloria. De este modo, Apocalipsis está en armonía con la enseñanza del resto de la Biblia. En ninguna parte de la Biblia se enseña una venida invisible y secreta de Cristo. Por el contrario, cada ser humano presenciará su venida, y esto incluye a “los que lo traspasaron” (Apocalipsis 1:7). Ninguno está exento. Mientras que su venida traerá liberación a los que lo esperan, traerá juicio a quienes han desdeñado su misericordia y su amor.

La certeza de la Segunda Venida está arraigada en el hecho de que ha sido prometida por Dios mismo, el gran “YO SOY” quien es el Alfa y la Omega [...] el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Apocalipsis 1:8). Una promesa es tan sólida como la persona que la da. Es tan segura como la integridad y la capacidad de la persona de hacer lo que dice. En la Biblia, la promesa de volver la da el Dios del universo, un Dios que siempre ha cumplido sus promesas.

Referencias

¹ Bruce M. Metzger. *Breaking the Code: Understanding the Book of Revelation* (Nashville, Tennessee: Abingdon Press, 1993), p. 23.

² Robert H. Mounce, *The Book of Revelation*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1977). p. 68.

³ Lancelot C. L. Brenton, trad., *The Septuagint With Apocrypha: Greek and English* (Peabody, Massachusetts: Hendrickson. 1986).